



Munich Personal RePEc Archive

History of the Coffee Economy: Colombia

Estrada, Fernando

Universidad Externado de Colombia

2014

Online at <https://mpra.ub.uni-muenchen.de/59927/>

MPRA Paper No. 59927, posted 18 Nov 2014 12:15 UTC



Historia de la Economía Cafetera: Colombia

Fernando Estrada

Abstract

Fundamental research of the coffee economy have shown that regional class alliances were established imprecisely in the territories, usually in the central mountains of Colombia (although not exclusively or only way) and organized by the State being a necessary response to the inevitable need to defend certain values as embodied and structured regional coherence. Partnerships proposals actively promoted favorable conditions.

Key words: Colombia, coffee, Latin America History, household income

Preliminares

Cuanto menos hasta la primera mitad del siglo XX, la historia cafetera es adecuada para comprender la geopolítica en Colombia. Las distintas identidades regionales y la evolución de los conflictos fueron el resultado del modo de producción cafetera. Presentaré estos argumentos con base en trabajos históricos encontrados en Marco Palacios (1983); Absalón Machado (1977); Mariano Arango

(1977); Palacios / Parsons (1979) y Revéis (1980). El asunto es que todos los agentes económicos que han participado en la historia cafetera (individuos, organizaciones, instituciones) tomaron decisiones sobre la circulación de su capital o el despliegue de su fuerza de trabajo en un contexto marcado por una profunda tensión entre separarse e irse a donde la tasa de remuneración fuera más elevada, o quedarse, apegados a compromisos pasados para recuperar valores materializados. La manera de resolver esta tensión entre la inmovilidad y el movimiento dentro del espacio geográfico regional es fundamental para entender la historia cafetera en Colombia y de paso la historia del poder político.

El modelo de la economía cafetera

Las investigaciones fundamentales de la economía cafetera han demostrado que las alianzas de clase regionales, se establecieron de manera imprecisa en los territorios, por lo general en la cordillera central de Colombia (aunque no de manera exclusiva o única) y se organizaron a través del Estado, siendo una respuesta necesaria a la inevitable necesidad de defender unos valores ya materializados y una coherencia regional estructurada. Las alianzas propuestas promovieron activamente condiciones favorables

para las nuevas formas de acumulación en las regiones. Pero, como se evidencia durante la segunda mitad del siglo XX, estas alianzas resultaron irremediablemente inestables. No pudieron contener las fuerzas fundamentales que introdujeron, en la segunda mitad del siglo XX, la economía del narcotráfico y el

conflicto armado. Lo que proyectaron tales alianzas fue más bien una interiorización de estas crisis en términos de divisiones entre clases y entre facciones regionales potencialmente explosivas. Los límites de estas alianzas, como de su historia, son porosos y están sujetos a modificación.

Es posible demostrar con base en los autores que las alianzas de clase regionales, se establecieron de manera imprecisa en territorios, por lo general en la cordillera central de Colombia (aunque no de manera exclusiva o única) y se organizaron a través del Estado, siendo una respuesta necesaria e inevitable a la necesidad de defender unos valores materializados y una coherencia regional estructurada y conseguida. Las alianzas propuestas promovieron activamente condiciones favorables para las nuevas formas de acumulación en las regiones. Pero como se evidencia durante la segunda mitad del siglo XX estas alianzas resultaron irremediablemente inestables. No pudieron contener las fuerzas fundamentales que introdujeron en la segunda mitad del siglo XX la economía del narcotráfico y el conflicto armado. Lo que proyectaron tales alianzas fue más bien una interiorización de estas crisis en términos de divisiones entre clases y entre facciones regionales potencialmente explosivas. Los límites de estas alianzas como su historia son porosos y están sujetos a modificación.

Marco Palacios (1983) reúne los primeros estudios comparados sobre historia económica, social y política del café en el contexto de una incorporación del país a los mercados internacionales. Su objetivo es identificar las transformaciones históricas que suceden con base en el cultivo y su papel hegemónico en las

exportaciones colombianas. Sobre cómo estas provocaron cambios en las estructuras productivas y de clases. Más aún, la manera como la producción cafetera transformó las fuerzas regionales y las relaciones con el poder político central del Estado. Siguiendo los estudios históricos de Marx, Palacios concede una notable importancia a los nexos con el mercado mundial, el impulso y la dirección de los cambios regionales; el argumento central es que estas relaciones pudieron mantenerse y hasta fortalecerse sin que para ello fuera necesario la presencia activa del Estado.

La implantación y consolidación de una economía monoexportadora constituye una etapa de singular importancia para la consolidación de un Estado nacional. En un contexto de fragmentación política creciente y una geografía regional dispersa en materia social, liberales y conservadores luchaban por imponer su hegemonía política. El cultivo del café se convierte en factor importante de las resistencias y sumisiones frente al poder político (Machado, 23). El café consolida también expresiones de identidad regional y política en una nación que carecía de una narrativa homogénea de sus tradiciones. Una expansión progresiva de las fronteras de colonización, la transformación de las formas de propiedad, los procesos de inclusión y exclusión de grupos sociales y los desarrollos de un centralismo político, agudizan los desarrollos mismos de la sociedad colombiana. El país evoluciona desde pequeñas unidades minifundistas hasta llegar a convertirse en una economía cafetera. De modo que a los ideales de una nación le suceden variaciones en la concentración del poder político derivado del cultivo del café.

La economía cafetera enseña aspectos que superan un renglón importante de la economía nacional. En el caso colombiano, las propias dinámicas de transformación regional, los conflictos políticos y el mismo Estado se encuentran relacionados con su historia. La interpretación de Palacios esboza la historia dentro del marco de evolución de los modernos Estados nacionales de Europa y los Estados Unidos. La transición desde las economías agrarias y los desarrollos del capitalismo en sus estadios consolidados del siglo XIX. De modo que la historia del café replantea así mismo el conjunto de la historiografía colombiana.

En este punto, podemos observar tres etapas sobresalientes: la consolidación de la economía cafetera (1850 – 1910); su período de auge (1910 – 1950); la formación de alianzas de clase regionales y la inestabilidad de las mismas (1950 – 2010); La primera etapa se relaciona con el papel predominante de las haciendas cafeteras; la segunda por la extensión de la agricultura campesina y la tercera por nuevas formas de poder y conflicto urbano.

Primera etapa: Los primeros pasos (1850-1910)

La primera etapa de la economía cafetera se desarrolla entre 1850 y la Guerra de los Mil Días en 1904. Un período marcado por conflictos violentos entre liberales y conservadores. Los hacendados que contaron entonces con enlaces en Bogotá se dedicaron a cultivar y producir el café en sus regiones de procedencia. Se fue dando poco a poco fundamento a una iniciativa exportadora dependiente de hacendados terratenientes. El capital comercial líquido provenía de la minería y el

tabaco; inicialmente se usaba para la compra de la tierra y luego para el cultivo del café. Las haciendas cafeteras fueron originalmente una herencia colonial, pequeñas empresas capitalistas que integraron el procesamiento del café a los productos complementarios de una economía relativamente autosuficiente. Sus relaciones con la fuerza de trabajo no quedaban subordinadas a una servidumbre sumisa, sino que alternaba con distintas formas de mano de obra asalariada y productores libres asociados a las haciendas. Estos terratenientes, sin embargo, no tuvieron control sobre la comercialización que dependía por entonces de casas importadoras de Europa y los Estados Unidos. Estos facilitaban líneas de crédito para sortear las condiciones que podían presentarse a nivel interno.

Durante esta primera fase los empresarios enfrentaron grandes riesgos con las inversiones. Internamente las guerras civiles, las hipotecas y las devaluaciones llegaron a significar un desafío tan grande como la inestabilidad de los precios internacionales. El resultado fue la diversificación de la producción con un fuerte énfasis en mercado interno. Los hacendados que sostenían la especialización en los cultivos de café terminaban arruinando sus capitales. Los riesgos de los capitales obligaban incluso a seleccionar a los inversionistas así como el tamaño de las inversiones.

La naturaleza de la inversión cafetera (tamaño y localización geográfica) no llegaba a modificar las relaciones sociales, sino que se adaptaba a las mismas. Muy a pesar, la esperanza creada por los mercados internacionales tuvo efecto

sobre la composición de identidades sociales en el lento mundo rural. La economía se monetariza, la tierra adquiere valor, se abren carreteras y prospera el pequeño comercio. Y sucede con estos cambios un ciclo de transformaciones sociales propias de la historia económica desde los tiempos de Adam Smith, los hacendados cafeteros adquieren posición social y poder político, mientras que los terratenientes sin capital y sin espíritu empresarial quedan marginados. El mundo mercantil se abre paso y el comercio empuja transiciones importantes para la industria cafetera.

Estos cambios sociales provocan una aglomeración de pequeños cultivadores de café que van situándose en la periferia. La economía cafetera se encarga de contribuir a desplazar las jerarquías sociales y procesar movimientos de abajo hacia arriba del campesinado. Todo sucede sin desarraigar las condiciones de los pequeños cultivadores ni lanzarlos como una fuerza de trabajo por fuera de su medio. En palabras de Palacios, en Colombia no se tuvo un “asalto de los capitalistas al campo”.

Paradójicamente esto sucede cuando la producción cafetera se abre paso con la colonización de nuevas tierras, durante el período comprendido entre 1851 y 1870. Una colonización que evoluciona juntamente con transformaciones sociales del centro del país. Una gran diversidad en la propiedad y en las organizaciones productivas permite la coexistencia pacífica de múltiples sistemas de apropiación y distribución de los excedentes monetarios, tanto dentro de la hacienda como en el resto de la economía colombiana. Una geografía regional que, además, suma nuevos aspectos al desarrollo económico en la medida en que sus fuentes

básicas, población y recursos son desiguales. Lo que lleva a subrayar la hipótesis que son las fuerzas del mercado más disruptivas de los órdenes agrarios que las propias fuerzas del Estado.

Segunda etapa: Edad madura cafetera (1910-1950)

El segundo ciclo se inicia con la decadencia de las haciendas como base de la producción. El factor determinante en esta crisis es la fragilidad de la unidad de producción con una dualidad resultante de la presencia de campesinos independientes y asalariados. La existencia de esas vigorosas economías campesinas que compartían con la empresa los recursos disponibles como la tierra y el trabajo tuvo como consecuencia el conflicto ante cualquier crisis económica.

Con el advenimiento político de Gaitán y la sucesión de hacendados en la generación cafetera, las grandes haciendas se desmoronas frente a las demandas sociales de una reforma agraria. Las haciendas había sobrevivido desde el fin de la Guerra de los Mil Días (pese a la desaparición de los mercados con la Primera Guerra Mundial) si bien desde 1904 el impulso exportador empezó a fortalecerse en los principales centros de colonización: las tierras montañosas ocupadas por fincas familiares, es decir, climáticamente las mejores tierras para el cultivo del café. En este período de transición el pequeño y mediano cultivador de la cordillera central de Colombia se integra individualmente al mercado cafetero dirigido por empresarios con capacidad para controlar el mercado (porque

manejan los recursos financieros y empresariales) como por los monopolios importadores y tostadores de Europa y Estados Unidos.

Durante el segundo ciclo expansivo, el auge de las pequeñas parcelas es posible gracias a la aparición de máquinas sencillas fabricadas por la industria nacional: las despulpadoras manuales, operadas por la fuerza de trabajo familiar. Las haciendas se transforman en unidades plenamente capitalistas que no integran los grupos de producción, pues estos quedan a cargo de una nueva clase de especuladores, producto de la transformación de las empresas familiares en compañías exportadoras de café, caracterizadas por una marcada concentración y por el control financiero de las casas extranjeras que, tras el final de la guerra son sobre todo norteamericanas. En Estados Unidos el proceso de importación, tostado y venta se unifica, lo que provoca la desintegración de los especuladores y corredores de bolsa. La empresa, no obstante, permanece con riesgos extraordinarios: la exigencia de grandes volúmenes de capital a una velocidad de circulación alta hace necesaria una elevada tasa de liquidez, lo que a su vez provoca una inexorable debilidad financiera de la empresa. Como resultado de lo anterior, la más mínima variación en los precios (muy inestables) los fletes o las tasas de interés ponen en peligro inminente a la empresa.

No obstante, la resistencia de un sistema así se encuentra justamente en las pequeñas fincas; las bruscas variaciones de precios, productoras de crisis periódicas se suavizan en la base campesina mediante la disminución de su ingreso. Ante cualquier baja en los precios, la reacción de cualquier economía es

aumentar la producción, lo que por un tiempo es posible aumentando la extensión cultivada. Una vez llevada hasta sus límites la producción no puede aumentar dado la función directa con la mano de obra disponible. Dado que el intermediario absorbe los excedentes, no existen posibilidades de acumulación puesto que la unidad familiar no puede aumentar la auto explotación. Desde 1930 hasta 1970 se acentúan la integración y la dependencia de los pequeños cultivadores sujetos al ciclo del mercado, mayores que las debidas a los ciclos naturales.

Tercera etapa: Las regiones, el centro y los negocios internacionales (1910-2010)

El café fue la fuerza motora de la actividad económica en las primeras dos décadas del siglo XX y, en tal calidad, factor esencial tras los cambios políticos, sociales, e institucionales que habrían de tener lugar en los años veinte.

Entre 1910 y 1930 la región del 'Viejo Caldas' se convirtió en el primer productor cafetero del país, desplazando a los departamentos tradicionales, lo mismo que a Antioquia. La expansión del cultivo del grano en esta zona del país tendría una peculiaridad bien notable. Se basó en fincas cafeteras de mediano y pequeño tamaño, trabajadas por quienes se habían asentado en estas tierras, que vendían el café directamente a las empresas comercializadoras del grano. Los grandes hacendados de Cundinamarca y el Tolima le compraban o recibían a los arrendatarios y colonos el café para, después, colocarlo en el exterior. La diferencia tendría repercusiones en la extinción de las haciendas en los años treinta.

La expansión del cultivo del café y de las exportaciones del grano tuvo un impacto positivo en la conformación de un mercado interno para los diferentes productos de la agricultura, la ganadería y la industria manufacturera. Los ingresos de divisas originados en la exportación del grano y el aumento del poder de compra de los caficultores fueron definitivos para impulsar la inversión, el crecimiento económico, y para crear un mercado nacional de bienes y servicios.

Hacia 1960 la finca cafetera llega a sus límites como base de la economía mono exportadora. Sus carencias tecnológicas, el envejecimiento de sus plantíos, la baja productividad y la enorme extensión de sus cultivos son algunos de los problemas más evidentes. La modernización que permite la entrada de altas tecnologías en los centros productores de café da lugar a un nuevo tipo de agricultor profesional rico. En esta tercera etapa se evidencia la decadencia del finquero tradicional.

Para Palacios la historia de la integración de Colombia al mercado internacional ilustra las limitaciones y posibilidades de un capitalismo dependiente. El capitalismo colombiano se mostró incapaz de evolucionar como el capitalismo moderno europeo. Su modernización se realizó sin industrialización; no proletarizó a sus trabajadores, en la medida en que tuvo la migración como recurso para contener la polarización y los conflictos sociales.

Las recientes luchas dentro del negocio del café proporcionan un modelo útil para entender una amplia gama de fenómenos dentro de la fase de globalización

contemporánea. Tienen especial importancia para entender como se absorben las tradiciones locales en los cálculos de la economía política mediante el intento de adquirir rentas de monopolio. También plantea la cuestión de qué parte del interés local por la innovación y la reinención de tradiciones locales se encuentran vinculadas al deseo de extraer y apropiarse de dichas rentas. Dado que el capitalismo se deja seducir por las perspectivas lucrativas de los poderes de monopolio, conviene distinguir esta contradicción: que los globalizadores avaros apoyan desarrollos locales que tienen el potencial de producir rentas de monopolio (aunque el efecto de dicho respaldo sea el producir un clima político local antagónico a la globalización).

Resaltar por ejemplo la singularidad y la pureza del café orgánico nariñense puede ser vital para el sector turístico, pero ¿qué sucede cuando esto fomenta un movimiento social que utiliza la violencia para resistirse contra la impureza de la comercialización? Se trata de una situación de escala inferior que, sin embargo, afecta el desarrollo urbano. Debe situarse la política cafetera en el plano de la globalización. Durante las décadas que siguen a los años ochenta el empresario del café ha adquirido importancia nacional e internacional. Nos referimos a ese patrón de comportamiento de gobierno urbano que mezcla los poderes estatales (locales, regionales, nacionales o supranacionales) con una amplia gama de formas de organización.

Corolario

El comercio del café, como el de la caña de azúcar, se ha ido internacionalizando en los pasados treinta años y las tensiones de la competencia internacional han tenido efectos contradictorios. Presionados por los Estados Unidos, por ejemplo, los productores cafeteros internacionales han aceptado a regañadientes (tras intensas negociaciones) retirar el uso de expresiones tradicionales en las etiquetas de los empaques de café. De este modo el sector cafetero mundial liderado por Brasil, intenta conservar las rentas del monopolio insistiendo en las virtudes específicas de la tierra, el clima y la tradición (reunidas bajo el término...) y la especificidad del producto certificado por un nombre. Reforzado por controles institucionales como la "FNC", el comercio del café colombiano insiste en la autenticidad y la originalidad de su producto, que cimienta la singularidad en que puede basarse la renta de monopolio.

Los cambios económicos materializados con el inicio del siglo XIX son de enorme trascendencia para entender el siglo XX en Colombia. Porque la economía empieza a crecer a un ritmo del orden de 5 por ciento anual, que se mantiene, en promedio, hasta 1920, y se aceleraría, en los veinte, para acercarse al 7 por ciento anual en promedio.

Ejercicios estadísticos señalan que, en Colombia, la década de los veinte fue la de mayor expansión económica del siglo XX. Y, sorpréndase ustedes, al hacer la comparación rigurosa con un grupo de países de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela), se encuentra que a Colombia, en conjunto y en promedio, le fue mejor que a este grupo, en los primeros treinta años del siglo.

La explicación reside en la expansión del café que, a partir de 1870, empieza a extenderse geográficamente por el país. Como escribe Frank Safford, en este año se dio un cambio fundamental en la economía colombiana: de tener como base el oro, la mula y el tabaco, pasó a ser dominada por el café, el ferrocarril y los bancos.

La expansión del cultivo del café y de las exportaciones del grano tuvo un impacto positivo en la conformación de un mercado interno para los diferentes productos de la agricultura, la ganadería y la industria manufacturera. Los ingresos de divisas originados en la exportación del grano y el aumento del poder de compra de los caficultores fueron definitivos para impulsar la inversión, el crecimiento económico, y para crear un mercado nacional de bienes y servicios.

La exportación del café requería una infraestructura de transportes; la que existía era precaria, en particular la red ferroviaria. En la segunda década del siglo XX entró en operación el Canal de Panamá y se completó la construcción del ferrocarril Cali-Buenaventura. En consecuencia se redujeron los costos de transporte y se facilitó la exportación de café.

Adicionalmente, la mayor actividad económica exigía un sistema de pagos más eficiente que el existente bajo el régimen de 'banca libre' por lo cual, a fines de los años diez, se comienzan a elaborar las propuestas para una reforma financiera e institucional que impulsara el crecimiento de la economía. Estos primeros intentos habrían de desembocar en la gran reforma institucional para el manejo de la economía -inspirada en la primera Misión Kemmerer- que se materializó en 1923 con la creación del Banco de la República como un banco central de emisión,

redescuento y reserva; con la organización de la Superintendencia Bancaria y la aprobación de la ley bancaria; con la creación de la Contraloría General de la República; y con el refuerzo de las funciones del Ministerio de Hacienda al organizarse la Dirección de Presupuesto. Porque la reforma institucional no se limitó al sector bancario sino a establecer un engranaje que permitiera “un control fiscal eficaz, con presupuestos balanceados, ya que el desequilibrio fiscal podría llevar al desequilibrio monetario y, por lo tanto, al eventual abandono del ‘patrón-oro’”.

El café fue la fuerza motora de la actividad económica en las primeras dos décadas del siglo XX y, en tal calidad, factor esencial tras los cambios políticos, sociales, e institucionales que habrían de tener lugar en los años veinte.

Entre 1910 y 1930 la región del ‘Viejo Caldas’ se convirtió en el primer productor cafetero del país, desplazando a los departamentos tradicionales, lo mismo que a Antioquia. La expansión del cultivo del grano en esta zona del país tendría una peculiaridad bien notable. Se basó en fincas cafeteras de mediano y pequeño tamaño, trabajadas por quienes se habían asentado en estas tierras, que vendían el café directamente a las empresas comercializadoras del grano. Los grandes hacendados de Cundinamarca y el Tolima le compraban o recibían a los arrendatarios y colonos el café para, después, colocarlo en el exterior. La diferencia tendría repercusiones en la extinción de las haciendas en los años treinta.

Las consecuencias de toda índole de este fenómeno se sentirían con fuerza en el país entre los años veinte y los ochenta del siglo XX. Una de ellas fue la de impulsar la industrialización, que apenas despuntaba incipientemente, con el siglo, en Medellín, Bogotá y Cartagena. Esta, a su turno, trajo consigo el inicio de la urbanización. En 1900, Colombia era un país predominantemente rural: “ningún centro urbano, con excepción de Bogotá, tenía un tamaño superior a los cincuenta mil habitantes... En la capital se concentraba el 2,5 por ciento de la población del país y las siguientes tres ciudades tenían, en conjunto, otro 2 por ciento de la población total”. Sin embargo, a partir de 1918 el crecimiento demográfico de los grandes municipios aumenta y estos elevan su participación en la población total del país.

La expansión de la frontera agrícola -en particular la cafetera- la mejora de la infraestructura de transportes, el aumento de las exportaciones de café, el impulso de la industrialización, el fenómeno de la urbanización, los intentos de reformar la institucionalidad para el manejo de la economía, y la organización sindical, marcaron esta ‘ruptura económica’. Y crearon, junto con los cambios políticos y los internacionales, el marco para los acontecimientos que, en todos estos frentes, se darían en la década de los años veinte en el país.

Bibliografía

Centro de Comercio Internacional. Desarrollo de Productos y Mercados. Café: guía del exportador, 2002.

Colmenares, Germán. “Censos, capellanías: formas de crédito en una economía agrícola”, en Cuadernos Colombianos, No. 2, 1974.

González, C. A. “Los cafés especiales en Colombia: industria estratégica para los próximos 80 años”. Bogotá, Federación Nacional de Cafeteros, 2007.

Palacios, Marco. El café en Colombia, 1850–1970. Una historia económica, social y política, El Colegio de México, Áncora Editores, 1983.